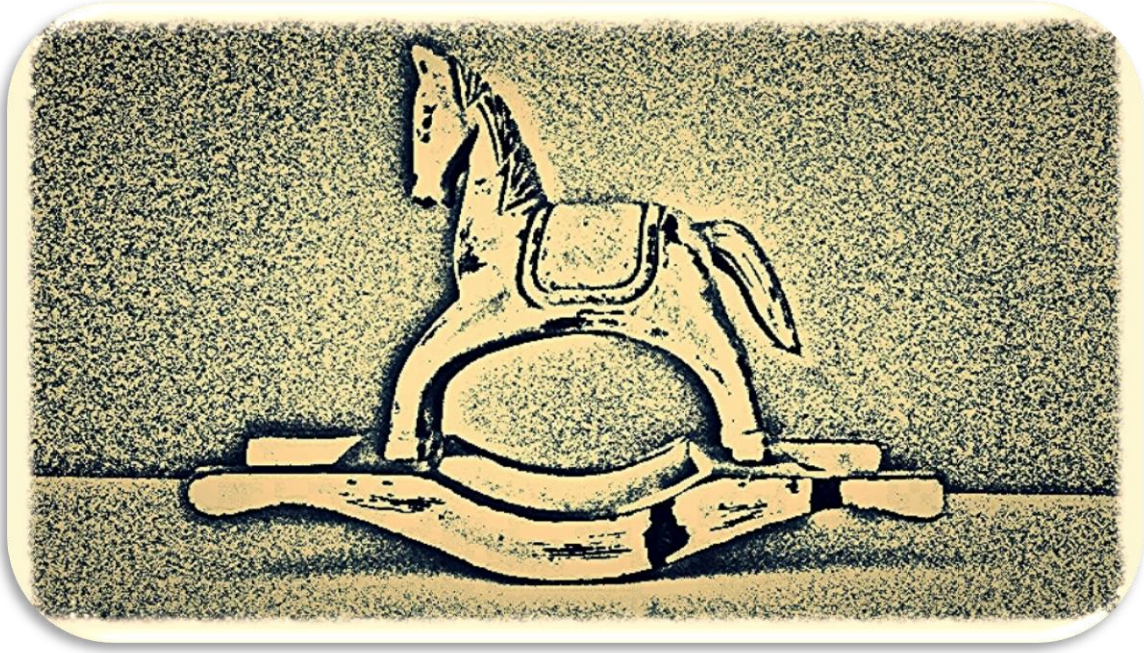
Cuaderno de ejercicios de Caligrafía



Juan José Vergara Olarte

Colegio Retamar. 2015

COLEGIO 1966-2016
RETAMAR
CINCUENTA ANIVERSARIO

Introducción.

En este cuaderno tienes ejercicios para practicar caligrafía. Los textos que se proponen con diversos tamaños y grafías para que fijes bien la vista y vayas escogiendo tu propia forma de escribir ciertas letras. Son textos propios o sin derechos de autor, para no entrar en conflicto con nadie, aunque tampoco pretendo obtener dinero con este cuadernillo.

Es posible que no le veas mucha utilidad a la **cuestión caligráfica** pero es parte de la asignatura. De todos modos, aunque no lo fuera, ten en cuenta que es una forma de poner en conjunción tu sistema lecto-escritor. La relación entre el ojo, el intelecto y el dedo índice –que es el que empuja normalmente al bolígrafo- debe ser fluida. Es muy posible que tu cerebro vaya más rápido que tu escritura; de lo que se trata es de que "automatices" el hecho de escribir bien. Es lo que se denomina en destrezas **motricidad fina**.

El interés fundamental en que escribas de forma legible radica en el doble de que tú mismo y los demás, tenemos que entender lo que escribes, ya que queremos establecer una comunicación. No sirve como excusa que "yo ya me entiendo" o "escribo con letra de médico…"; no pasan de ser ironías para esconder el hecho evidente de que… no se entiende lo que escribes.

Márcate un ritmo de trabajo adecuado; no pretendas hacer todas las páginas en una semana, por ejemplo, ya que una de las claves para mejorar la caligrafía está en realizar bastantes ejercicios y eso requiere tiempo y repetición de actos. Ten cuidado porque, sin previo aviso, cambio el tipo de letra que tienes que imitar.

Espero que este cuadernillo te ayude y te anime. Hazlo todas las veces que puedas.

JJV

Cuando *Simón* pensó en escaparse de casa no creyó que un leve traspié pudiera traerle tan graves

consecuencias. Al principio todo parecía bien planeado, nadie pensaría que su ausencia mañanera

fuera a durar diez días, tiempo que había previsto para fugarse con los amigos del pueblo vecino. Al

regresar dirían que habían sido secuestrados y que, después de arduos esfuerzos, habían logrado

escapar de los malhechores; cosas como esa aparecían todos los días en los periódicos y nadie dudaba

de ellas. Sin embargo, ¿quién iba a pensar que trescientos metros más allá del bosque que rodea el

pueblo se iba a caer en un agujero del que no podría salir? A veces uno busca la libertad y lo único que

encuentra es eso: un agujero.

Allí, en el oscuro subsuelo, la conciencia comenzaba a remorderle por dentro,

cuando se dio cuenta de que estaba solo, absolutamente solo. O al menos eso

pensaba él.

Hizo cálculos. Tenía poco espacio para moverse y estaría como unos tres metros

por debajo del nivel del suelo, rodeado de humedad, tierra sucia, raíces de

árboles y hojas viejas que empezaban a pudrirse. Y, por supuesto, estaba casi

a oscuras ya que el boquete por el que se había caído se había cerrado casi

del todo al pasar él; sólo una leve claridad le llegaba por encima de la

cabeza. A pesar de lo enrarecido del aire que respiraba la situación no era muy

desagradable... todavía. Sospechó que, con el paso del tiempo, se pondría peor. Ni

siquiera sus amigos podrían saber dónde estaba, ya que el punto de reunión

acordado estaba aún bastante lejos de aquel paraje. Así que empezó a sentir miedo,

y luego hambre y frío.

A Simón empezaron a pesarle sus once años y medio, o por mejor decir,

empezaron a faltarle; por un momento deseó tener treinta y ser capaz de salir él

solito del agujero. Después reflexionó algo y se dio cuenta de que, aunque tuviera

treinta años, si estaba solo, tampoco podría conseguirlo. Pensó en Indiana Jones. Ni

siquiera él lo conseguiría, porque en el agujero no había espacio suficiente para

estirar el brazo y soltar el látigo, enrollarlo en una rama y subirse a pulso, a fuerza

de brazos. Nada. Todo era inútil. No serviría de nada ser Indiana Jones si estaba

solo. En esta vida siempre necesitamos a los demás, y, a veces, son ellos los que

necesitan de nosotros.

¿Quién le habría mandado a él intentar aquella aventura? Y todo por no parecer menos que sus amigos.

Bueno, "amigos" por decir algo; eran todos un poco mangantes y unos cobardes, que tiraban de la coleta a

las niñas y salían corriendo, pinchaban lagartijas y las dejaban morir al sol y fumaban a escondidas de

sus padres. Y eso no era todo, además no estudiaban nada. En fin, que eran un desastre de gente, pensaba

Simón, sin darse cuenta de que, a pesar de los pesares, eran sus amigos. Él, en cambio, vivía en la ciudad,

obedecía en casa, estudiaba, no fumaba, ni pegaba a las niñas… O sea, que a veces ¡se aburría como una

ostra! Se le hacía muy cuesta arriba portarse siempre bien, por eso -pensó- convenía escaparse de casa

durante un tiempo; para que todo el mundo supiera que él también podía hacer las cosas mal, y, por tanto,

tenía mucho mérito al ser siempre un buen chico. Eso era ser libre, ¿no? Este era el debate interno que tenía

lugar en la cabeza de Simón, la distancia entre ser bueno y ser malo y el por qué hacer bien o mal las cosas,

cuando volvió a la realidad de la tragedia. ¿Cómo saldría de allí abajo?

Se acordó de que empezaba ya a tener hambre. Su mochila con las provisiones –repleta de gominolas, por supuesto– se

había quedado arriba, enganchada en el matorral que medio tapaba el boquete de entrada, con lo cual, nada, tampoco podía

comer. ¿Y si probaba a gritar? No le oiría nadie porque aquella zona se encontraba lejos del pueblo y estaba deshabitada

por completo. Su única posibilidad era que alguien que pasara por allí cerca viera su mochila en el suelo y se imaginara

que el dueño se había caído por el agujero. Pero Simón pensó que sería más fácil que si alguien encontraba la mochila se

llevara todas las gominolas y no pensara para nada en un posible rescate. Estaba desesperado. La situación era difícil.

(¿Tú, lector, qué harías?) (fin del capítulo 1 de "Simón y los Hembros", de Juan José Vergara)

Bajo la cinta de plata de la mañana, y sobre el reflejo azul del mar, el bote llegó a la costa de Harwich y soltó, como

enjambre de moscas, un montón de gente, entre la cual ni se distinguía ni deseaba hacerse notable el hombre cuyos

pasos vamos a seguir. No; nada en él era extraordinario, salvo el ligero contraste entre su alegre y festivo traje y la

seriedad oficial que había en su rostro. Vestía un chaqué gris pálido, un chaleco, y llevaba sombrero de paja con una

cinta casi azul. Su rostro, delgado, resultaba trigueño, y se prolongaba en una barba negra y corta que le daba un aire

español y hacía echar de menos la gorguera isabelina. Fumaba un cigarrillo con parsimonia de hombre desocupado. Nada

hacía presumir que aquel chaqué claro ocultaba una pistola cargada, que en aquel chaleco blanco iba una tarjeta de

policía, que aquel sombrero de paja encubría una de las cabezas más potentes de Europa. Porque aquel hombre era nada

menos que Valentin, jefe de la Policía parisiense, y el más famoso investigador del mundo. Venía de Bruselas a Londres

para hacer la captura más comentada del siglo.

Flambeau estaba en Inglaterra. La Policía de tres países había seguido la pista al delincuente de Gante a Bruselas, y de

Bruselas al Hoek van Holland. Y se sospechaba que trataría de disimularse en Londres, aprovechando el trastorno que por

entonces causaba en aquella ciudad la celebración del Congreso Eucarístico. No sería difícil que adoptara, para viajar, el

disfraz de eclesiástico menor, o persona relacionada con el Congreso. Pero Valentin no sabía nada a punto fijo. Sobre

Flambeau nadie sabía nada a punto fijo. (Comienzo de *"El candor del padre Brown"* de G. K. Chesterton)

Lo recuerdo como si fuera ayer, meciéndose como un navío llegó a la puerta de la posada, y tras él

arrastraba, en una especie de angarillas, su cofre marino; era un viejo recio, macizo, alto, con el

color de bronce viejo que los océanos dejan en la piel; su coleta embreada le caía sobre los hombros

de una casaca que había sido azul; tenía las manos agrietadas y llenas de cicatrices, con uñas negras y

rotas; y el sablazo que cruzaba su mejilla era como un costurón de siniestra blancura. Lo veo otra vez,

mirando la ensenada y masticando un silbido; de pronto empezó a cantar aquella antigua canción

marinera que después tan a menudo le escucharía: «Quince hombres en el cofre del muerto...

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Y una botella de ron!» con aquella voz cascada, que parecía afinada en las barras del

cabrestante. Golpeó en la puerta con un palo, una especie de astil de bichero en que se apoyaba, y,

cuando acudió mi padre, en un tono sin contemplaciones le pidió que le sirviera un vaso de ron.

Cuando se lo trajeron, lo bebió despacio, como hacen los catadores, chascando la lengua, y sin dejar

de mirar a su alrededor, hacia los acantilados, y fijándose en la muestra que se balanceaba sobre la

puerta de nuestra posada. (Extraído del comienzo de *"La isla del tesoro", de Robert L. Stevenson*)

Todas las tardes, a la salida de la escuela, los niños se habían

acostumbrado a ir a jugar al jardín del gigante. Era un jardín

grande y hermoso, cubierto de verde y suave césped. Dispersas

sobre la hierba brillaban bellas flores como estrellas, y había

una docena de melocotones que, en primavera, se cubrían de

delicados capullos rosados, y en otoño daban sabroso fruto.

Los pájaros se posaban en los árboles y cantaban tan

deliciosamente que los niños interrumpían sus juegos para

escucharlos.

-¡Qué felices somos aquí!- se gritaban unos a otros. (Comienzo de "El gigante

egoísta" de Oscar Wilde.)

-Caballero, ¿quiere hacer el favor de decirme si estoy en Plumfield?...-

preguntó un muchacho andrajoso, dirigiéndose al señor que había abierto

la gran puerta de la casa ante la cual se detuvo el ómnibus que condujo al

niño. -Sí, amiguito; ¿de parte de quién vienes?

-De parte de Laurence. Traigo una carta para la señora.

El caballero hablaba afectuosa y alegremente; el muchacho, más animado,

se dispuso a entrar. A través de la finísima lluvia primaveral que caía sobre

el césped y sobre los árboles cuajados de retoños, Nathaniel contempló un

edificio amplio y cuadrado, de aspecto hospitalario, con vetusto pórtico,

anchurosa escalera y grandes ventanas iluminadas. Ni persianas ni cortinas

velaban las luces; antes de penetrar en el interior, Nathaniel vio muchas

minúsculas sombras danzando sobre los muros, oyó un zumbido de voces

juveniles y pensó, tristemente, en que sería difícil que quisieran aceptar, en

aquella magnífica casa, a un huésped pobre, harapiento y sin hogar como él.

(Comienzo de "Hombrecitos" de Louisa M. Alcott.)

Había una vez una Rana que quería ser una Rana auténtica, y todos los

días se esforzaba en ello.

Al principio se compró un espejo en el que se miraba largamente buscando

su ansiada autenticidad. Unas veces parecía encontrarla y otras no, según

el humor de ese día o de la hora, hasta que se cansó de esto y guardó el

espejo en un baúl.

Por fin pensó que la única forma de conocer su propio valor estaba en la

opinión de la gente, y comenzó a peinarse y a vestirse y a desvestirse

(cuando no le quedaba otro recurso) para saber si los demás la aprobaban

y reconocían que era una Rana auténtica.

Un día observó que lo que más admiraban de ella era su cuerpo,

especialmente sus piernas, de manera que se dedicó a hacer sentadillas y a

saltar para tener unas ancas cada vez mejores, y sentía que todos la

aplaudían.

Y así seguía haciendo esfuerzos hasta que, dispuesta a cualquier cosa para

lograr que la consideraran una Rana auténtica, se dejaba arrancar las

ancas, y los otros se las comían, y ella todavía alcanzaba a oír con

amargura cuando decían que qué buena Rana, que parecía Pollo.

("La rana que quería ser una rana auténtica" de Augusto Monterroso)

Un dólar y ochenta y siete centavos. Eso era todo. Y setenta centavos

estaban en peniques. Peniques ahorrados, uno por uno, discutiendo

con el almacenero y el verdulero y el carnicero hasta que las mejillas

de uno se ponían rojas de vergüenza ante la silenciosa acusación de

avaricia que implicaba un regateo tan obstinado. Delia los contó tres

veces. Un dólar y ochenta y siete centavos. Y al día siguiente era

Navidad. Evidentemente no había nada que hacer fuera de echarse al

miserable lecho y llorar. Y Delia lo hizo. Lo que conduce a la

reflexión moral de que la vida se compone de sollozos, lloriqueos y

sonrisas, con predominio de los lloriqueos. (Comienzo de "EL REGALO

DE LOS MAGOS" de O. Henry.)